fundación
Ramón y Katia Acín

Karel Capek. Unas narraciones

En esta foto Karel Capek tira de su hermano mayor Josef. Karel fue un magnífico escritor y su hermano un pintor, escritor y guionista. En esta entrada que abre lecturas del verano 2023 os ofrecemos una pequeña selección de sus narraciones que no tienen desperdicio por su calidad, sus planteamientos y un humor que definen muy bien al autor y su mundo creativo.

Karel Capek nació en Malé Svatonovice (noroeste de Checoslovaquia) en 1890. Ya desde adolescente se sintió inclinado hacia las tareas literarias y filosóficas y redactó sus primeras obras en colaboración con su hermano Josef. En 1918 apareció un volumen de cuentos firmado por los hermanos Capek: *El jardín de Krakonos,* que despertó gran interés debido al carácter paradójico de las ideas contenidas en los relatos. En 1917 se graduó en Filosofía y Letras por la Universidad de Praga con una notable tesis sobre el pragmatismo. Posteriormente amplió estudios en Berlín y París. Ese mismo año escribió su primera obra autónoma: *Los Calvarios,* sorprendente por el pro fundo conocimiento del subconsciente y de la psiquis humana.. Con esta obra, y con la siguiente, *Cuentos tormentosos,* Capek llega a una postura muy próxima al nihilismo intelectual que le podría haber conducido al silencio. Fue entonces cuando se le presentó el teatro como una nueva posibilidad expresiva y existencial. Sus primeras obras dramáticas cosecharon un éxito ro tundo e inmediato y le granjearon el reconocimiento internacional. *R.U.R* (1920), *El juego de los insectos,* (1921) *y El caso Makropoulos* (1922), son una especie de revistas satíricas, con un fuerte contenido crítico hacia las utopías científicas y el de sarrollo tecnológico al servicio de la explotación y el exterminio.

Durante la primera guerra mundial tradujo a multitud de poetas franceses e introdujo la filosofía angloamericana en Checoslova quia. Como resultado de tales inquietudes aparecieron *Pragma tismo o f losofía de la vida práctica (1917) y Antología de poetas franceses de la época moderna (1920).*

Como H.G. Wells, Capek, también profundo antifascista, fue uno de los pioneros de la «novela de anticipación», y sus invenciones encubren preocupaciones éticas y sociales derivadas de una situación histórica plagada de amenazas. Cabe destacar tres deliciosas novelas llenas de humor y fantasía: *La fábrica de absoluto (1922), Krakatit (1924) y La guerra de las salamandras*

Cultivó también el periodismo. Sus *Cartas italianas, Cartas in glesas (1924) y Cartas españolas (1930),* son un buen ejemplo de su talento periodístico y destacan por las finas y minuciosas observaciones psicológicas.

Murió en *1938,* de neumonía, meses después del «Pacto de Munich»; que supuso el desmembramiento y la esclavitud definitiva de su país.

No llegó a ver la ocupación militar de Praga por las tropas nazis, aunque tal vez ya había vislumbrado algo en sus novelas...

Montando el Robot para la función teatral R.U.R

Equivocación

Nos embarcamos en el Mediterráneo. Es tan bellamente azul que uno no sabe cuál es el cielo y cuál el mar, por lo que en todas partes de la costa y de los barcos hay letreros que indican en dónde es arriba y en dónde abajo; de otro modo uno puede confundirse. Para no ir más lejos, el otro día, nos contó el capitán que un barco se equivocó, y en lugar de seguir por el mar puso rumbo al cielo; y como el cielo es infinito no ha regresado aún, y nadie sabe en dónde está.

Como en los viejos tiempos

A casa de Eupator, cestero y ciudadano de Tebas, que sentado en el patio tejía sus cestos, se dirigía su vecino Filágoros, el cual le gritó ya desde lejos: —¡Eupator, Eupator! Deja tus cestos y escúchame, porque ocurren cosas terribles. —¿Dónde hay fuego? —preguntó Eupator, e hizo un movimiento como si quisiera levantarse. —Esto es peor que si hubiera fuego —dijo Filágoros—. ¿Sabes qué ha ocurrido? Quieren acusar a nuestro estratega Nicomas. Algunos dicen que es culpable de un complot tramado con los de Tesalia y otros aseguran que se le acusa de ciertas relaciones con el Partido de los Descontentos. ¡Ven en seguida! ¡Vamos a la Plaza! — ¿Y qué voy a hacer allí? —preguntó Eupator indeciso. —Es terriblemente importante — habló Filágoros—. La Plaza está llena de oradores; unos aseguran que es inocente, mientras los otros dicen que es culpable. ¡Ven a oírlos! —Espera —dijo Eupator—, en cuanto acabe este cesto que tengo empezado. Y dime: ¿de qué es culpable, en realidad, ese Nicomas?-Eso es, precisamente, lo que no se sabe —refirió el vecino—. Se dice esto y lo otro, pero las autoridades callan, porque parece ser que todavía no se ha terminado de hacer las investigaciones. Mas en la Plaza hay un alboroto… Tenías que verlo. Algunos gritan que Nicomas es inocente… —¡Espera un momento! ¿Cómo pueden gritar que es inocente, si no saben claramente de qué se le acusa?—Eso no importa. Cada uno ha oído algo y habla sobre lo que sabe. Todos tenemos derecho a hablar de lo que oímos ¿no es eso? Yo creo que Nicomas nos quería traicionar con los de Tesalia; uno de allí lo decía, y contaba que un conocido suyo había visto no sé qué carta. Pero otro hombre decía que es un complot contra Nicomas y que él sabe muchas cosas… Se dice que hasta está complicado en el asunto el gobierno de la localidad. ¿Me oyes, Eupator? Ahora la cuestión es… —Espera —le interrumpió el cestero—. Ahora la cuestión es: ¿Son nuestras leyes, que nos hemos dado nosotros mismos, buenas o malas? ¿Ha hablado alguien sobre esto en la Plaza? —No; pero ahora no se trata de eso, sino de Nicomas.—¿Y dice alguien en la Plaza, si los funcionarios que están investigando el asunto de Nicomas, son justos o injustos? —No; de eso no ha hablado nadie. —Entonces, ¿de qué se ha hablado?—¡Si ya te lo he dicho! Sobre si Nicomas es culpable o inocente. -Oye, Filágoros, si tu mujer discutiera con el carnicero sobre si le había dado o no una buena libra de carne, ¿qué harías?—Le daría la razón a mi mujer. —¡No lo creas! Verías si el carnicero usa buenas pesas.—Eso lo sé sin necesidad que me lo digas, hombre…—¿Lo ves? Y después mirarías si estaba la balanza en orden. —Tampoco eso necesitabas decírmelo…—Me alegro mucho. Y si las pesas y la balanza estuvieran en orden, verías lo que pesaba el pedazo de carne y en seguida te darías cuenta de si tenía razón tu mujer o el carnicero. Es extraordinario, Filágoros, que la gente sea más lista cuando se trata de un pedazo de carne, que tratándose de asuntos públicos. ¿Es culpable o inocente Nicomas? Eso se verá en la balanza si ésta está en orden. Pero si se quiere pesar bien, no se debe soplar en los platillos de la balanza para que se inclinen a uno u otro lado. ¿Por qué afirmáis que los funcionarios que han de juzgar el caso de Nicomas son tramposos o qué sé yo qué? —¡Eso no lo ha dicho nadie, Eupator!

—Creía que no teníais confianza en ellos… Pero si no tenéis motivo para desconfiar, ¿por qué demonios sopláis en los platillos de su balanza? O es porque no tenéis interés en que se descubra la verdad, o porque os aprovecháis del asunto para poderos dividir en dos bandos y disputar. ¡Que os parta un rayo a todos, Filágoros! Yo no sé si Nicomas es culpable o inocente, pero todos vosotros sois culpables, por el simple hecho de que os gustaría violar la justicia. ¡Hay que ver lo malo que es el mimbre este año! Se tuerce como si fuera cuerda, pero no tiene ninguna consistencia. Necesitaría una temperatura más cálida, Filágoros, pero eso está solamente en la mano de los dioses, y no en poder nuestro, de los hombres.☐

La condena de Prometeo

Carraspeando y gimoteando, tras un largo preámbulo de introducción, se reunieron de nuevo los miembros del Senado en sesión extraordinaria, que se celebraba a la sombra de un olivo sagrado.

-Bueno, señores -se animó Hipometeo, presidente del Senado-. ¡Hay que ver cómo se ha prolongado esto! Creo que no es necesario un resumen pero, en fin, para que no haya objeciones formales... Así pues, Prometeo, ciudadano de la localidad, comparece ante el Tribunal acusado de haber inventado el fuego y con ello, ejem... ejem... de haber violado el orden establecido. Ha confesado, primero: que verdaderamente inventó el fuego; segundo: que es capaz de sacarlo cada vez que lo desee del pedernal; tercero: que este secreto, mejor dicho, que este descubrimiento escandaloso no lo guardó para sí ni lo comunicó a los centros competentes, sino que lo confió y dejó usar libremente a gente incapacitada, como se ha comprobado por las declaraciones de las personas que acaban de ser interrogadas. Creo que esta explicación bastará y que podemos pasar inmediatamente a la votación sobre su culpabilidad y sobre la sentencia a imponer.

-Perdone, señor presidente -objetó el miembro Apometeo-, pero juzgo que a causa de la importancia de este Tribunal extraordinario, sería quizás conveniente que no dictásemos la sentencia hasta después de una meticulosa deliberación y, por decirlo así, información general.

-Como quieran, señores -cedió conciliador Hipome teo-. El caso es, desde luego, muy claro, pero si alguno de ustedes desea subrayar algo... ¡Hagan el favor!

-Yo me permitiría indicar -se oyó decir a Ameteo después de haber tosido con decisión- que, según mi opinión, en todo esto se debería recalcar particularmente un aspecto del asunto. Me refiero, señores, al aspecto religioso. Permítanme expresarme. ¿Qué es ese fuego? ¿Qué es esa chispa que se hace brotar del pedernal? Como reconoció el mismo Prometeo, no es más que un rayo, y todos sabemos que el rayo es una manifestación del poder sobrenatural del Dios de las Tormentas. Hagan el favor de explicarme, señores, cómo es posible que un tal Prometeo se haya apoderado del fuego divino. ¿Con qué derecho se lo apropió? ¿De dónde lo sacó? Prometeo trata de convencernos de que, sencillamente, lo descubrió; pero eso no es más que una disculpa tonta. Si se tratase de un hecho tan inocente, ¿por qué no habría inventado el fuego, por ejemplo, uno de nosotros? Yo estoy convencido, señores, de que Prometeo robó el fuego a nuestros dioses. Sus negativas y disculpas no nos engañarán. Yo calificaría su acción, primero, de robo ordinario; y, segundo, de delito de blasfemia y robo sacrílego. Estamos aquí para castigar con la mayor severidad este atrevimiento impío, y para defender la propiedad sagrada de nuestros dioses nacionales. Esto es todo lo que quería decir, señores -terminó Ameteo y se sonó con energía en los faldones de su toga.

-Bien dicho -aprobó Hipometeo-. ¿Alguien más tiene alguna observación que hacer?

-Pido que me disculpen -habló Apometeo-, pero yo no puedo estar de acuerdo con la interpretación dada por mi respetable señor colega. Yo mismo he observado cómo el dicho Prometeo producía el fuego y he de decirles francamente, señores, que la cosa en sí no tiene nada de particular. Descubrir el fuego es algo que sabría hacer cualquier vagabundo, holgazán o cabrero. A nosotros no se nos ha ocurrido, sencillamente, porque una persona seria no se pone a jugar con piedrecitas para que salten chispas. Aseguro a mi señor colega Ameteo, que ésas son fuerzas corrientes de la naturaleza, y que ocuparse de ellas no es digno de una persona que piensa y, menos todavía, digno de los dioses. Según mi opinión, el fuego es una manifestación demasiado fútil para que la relacionemos con cosas sagradas para nosotros. Pero el asunto tiene otro aspecto, sobre el que quiero llamar la atención de los señores colegas. Parece ser que el fuego es un elemento peligroso, hasta podríamos decir perjudicial. Han oído ustedes declarar a una serie de testigos que ensayaron el invento infantil de Prometeo y sufrieron serias quemaduras y, en algunos casos, daños en sus propiedades. Señores, si por culpa de Prometeo se extiende el uso del fuego -lo que por desgracia ya no se puede impedir- ninguno de nosotros estará seguro de su vida, ni siquiera de su hacienda. Y eso, señores míos, puede significar el fin de cualquier clase de civilización. Basta el más pequeño descuido y ¿ante qué se detendría ese elemento intranquilo? Prometeo, señores, ha cometido una ligereza merecedora de castigo por haber traído al mundo algo tan destructivo. Yo calificaría el crimen de grave amenaza física y de atentado contra la seguidad pública. Y teniendo esto en cuenta, pido que se le condene a cadena perpetua, agravada con lecho duro y grilletes. He terminado, señor presidente.

-Tiene usted mucha razón, colega -resopló Hipometeo-. Solamente quisiera añadir algo, señores. ¿Para qué nos hacía falta el fuego? ¿Acaso lo utilizaban nuestros ansados? Venir ahora con algo semejante es, sencillamen te, una falta de respeto al orden heredado, o sea... ejem... un acto de rebelión. ¡Sólo esto nos faltaba! ¡Jugar con fuego! ¿Pueden ustedes imaginar dónde nos llevará esto?

La gente, junto al fuego, se volverá inútilmente delicada, se arrellanará en el calor y la comodidad en lugar de... en fin, de luchar y cosas parecidas. Hay que hacer algo contra estas manifestaciones poco saludables, señores. Los tiempos en que vivimos son serios y además... Esto es todo lo que quería decir.

-Muy bien -exclamó Antimeteo-. Todos nosotros es tamos de acuerdo con nuestro digno presidente en que el fuego de Prometeo puede tener consecuencias incalculables. Señores, no intentemos ocultarlo, se trata de algo tremendo. ¡Qué grandes posibilidades dará el fuego al que lo tenga en su poder! Citaré solamente algunos ejemplos: se podrá quemar la cosecha del enemigo, arrasarle los olivares, etc., etc. Con el fuego, señores míos, se nos da a los hombres una nueva fuerza y una nueva arma. Con el fuego nos hacemos casi iguales a los dioses -terminó bajando la voz. Y de pronto explotó-:

»¡Acuso a Prometeo porque confió este divino e insuperable elemento a pastores y a esclavos, a todo el que llegó! ¡Porque no lo puso en manos elegidas que lo hubieran cuidado como un tesoro de Estado, aprovechándolo para dominar! ¡Acuso a Prometeo -gritó excitado Antimeteo- porque enseñó a producir el fuego a los extranjeros, porque no silenció su descubrimiento ni ante nuestros enemigos! Prometeo robó el fuego por el hecho de haberlo entregado a todos. ¡Acuso a Prometeo de alta traición! ¡Le acuso de intrigas contra la comunidad! -Antimeteo gritó tanto que empezó a toser-. ¡Pido la pena de muerte! -saió finalmente de su garganta.

-Bien, señores -habló Hipometeo-, ¿alguien más quiere hacer uso de la palabra? Entonces, según la opinión del Tribunal, Prometeo es acusado, por una parte, de crimen de blasfemia y robo sacrílego, del crimen de causar graves daños corporales, de perjuicios a la propiedad ajena y de amenaza a la seguridad pública; por otra parte, del crimen de alta traición. Señores, propongo que se le condene a cadena perpetua, agravada con lecho duro y grilletes, o a la pena de muerte.

-0 a ambas cosas -dejó escapar de su garganta el pensativo Ameteo-, para que las dos propuestas sean aceptadas.

-¿Y cómo van a aplicársele ambas penas? -preguntó el presidente.

-Eso es precisamente lo que estoy meditando... -gruñó Ameteo-. Quizá sería posible así: condenar a Prometeo a estar toda su vida atado a unas rocas... y tal vez los buitres se encarguen de picotear su impío hígado. ¿Me comprenden ustedes?

-No estaría mal... -dijo satisfecho Hipometeo-. Señores, ése sería un castigo ejemplar por una... ejem... extravagancia tan criminal. ¿Tiene alguno de mis distinguidos colegas algo que objetar? Entonces hemos terminado.

-¿Y por qué habéis condenado a muerte a ese Pro meteo, papá? -preguntó a Hipometeo durante la cena su hijo Epimeteo.

-Eso tú no lo comprendes -gruñó Hipometeo, mientras hincaba el diente a una pierna de carnero-. ¡Caramba! Una pierna de carnero asada está mejor que cruda... ¡Vaya! Después de todo, para algo sirve ese fuego... Mira, le he mos condenado por motivos de interés público. ¿Adónde llegaríamos si el primero a quien le viniera en gana pudiera, sin castigo, inventar algo nuevo y grande? ¿Comprendes? Pero todavía le falta algo a este carnero... ¡Ya lo tengo! -gritó feliz-. Una pierna de carnero asada se debe salar y untar con ajo picado. ¡Eso es! Muchacho, ¡vaya un descubrimiento! ¿Ves? Una cosa así no se le hubiera ocurrido a ese Prometeo...☐

(*Apócrifos*- Año 1932)

Crucifixión

Karel Capek. *Apócrifos.* Valdemar ediciones. Madrid 1989, pgs. 86-88

Y llamando Pilatos a Nahum, hombre de ciencia y conocedor de la historia, le dijo:
-Nahum, me sabe muy mal que a vuestra nación se le haya metido en la cabeza crucificar a ese hombre. ¡Que os parta un rayo! ¡Es una injusticia...!
-Si no hubiera injusticias, no habría historia -respondió Nahum.
-No quiero tener nada que ver en este asunto -dijo Pilatos-. Diles que reflexionen un poco más.
-Ya es tarde -contestó Nahum-. Yo, desde luego, sigo el curso de los acontecimientos solamente por los libros, y por eso no he ido al lugar de la ejecución. Pero hace un momento que ha llegado la mujer que me hace las faenas, y me ha contado que lo han crucificado y que pende entre dos hombres: el de la derecha y el de la izquierda.
Y Pilatos se entristeció, se cubrió el rostro con las manos y guardó silencio. Al cabo de un momento, dijo:
-No hablemos más de ello. Pero, por favor, dime: ¿qué habían hecho el hombre de la derecha y el de la izquierda?
-No te lo sabría decir -exclamó Nahum-. Unos dicen que son ladrones y otros que son una especie de profetas. Según puedo juzgar por la historia, seguramente se dedicaban a hacer política. Pero no me cabe en la cabeza que la nación los haya crucificado a los dos a la vez.
-No te comprendo -dijo Pilatos.
-Pues bien -contó Nahum-. A veces la gente crucifica al de la derecha, y otras al de la izquierda. Siempre ha sido así en la historia. Cada tiempo tiene sus mártires. Hay épocas en que es encarcelado o crucificado el que lucha por su nación, y otras veces le toca a aquél que dice que hay que luchar por los pobres y los esclavos. Los dos se turnan y cada uno tiene su época.
-¡Ah! -dijo Pilatos-. Así que vosotros crucificáis a todo el que intenta hacer algo bueno...
-Más o menos -dijo Nahum-. Pero esto tiene sus inconvenientes. A veces se diría que la gente tiene más odio contra las personas que contra lo que predican. A la gente se la crucifica siempre por algo grande y hermoso. Al que le toca ir a la cruz, ofrece su vida por una idea grande. Pero el que lo cuelga en ella y le clava los clavos es malo, salvaje y demasiado desagradable a la vista. La nación, Pilatos, es algo grande y hermoso.
-Por lo menos la nuestra, la nación romana -contestó Pilatos.
-Y la nuestra también -dijo Nahum-. Pero la justicia para los pobres también es una cosa bella. Sólo que esa gente podría ahogarse de rabia y envidia por las cosas grandes y hermosas. Y los demás van una vez con éstos y otra con los otros, y siempre ayudan a crucificar al que le toca el turno. 0 solamente miran y se dicen: «Le está bien empleado, debería haber ido con los nuestros.»
-Entonces -dijo Pilatos- ¿por qué crucifican al que está en el medio?
-El caso es éste -le contestó Nahum-. Si gana el de la izquierda, crucifica al de la derecha, pero antes aún al del medio. Si gana el de la derecha, crucifica al de la izquierda, pero antes también, al del centro. Desde luego, puede suceder que haya cierta confusión y lucha. Entonces el de la izquierda y el de la derecha crucifican al del medio porque no se decidió a ir ni con uno ni con otro. Si subes a la terraza de tu casa verás el Monte Gólgota. Odio a la derecha, odio a la izquierda, y, entre ellos, a Aquél que lo quiso arreglar todo con amor y sentido común, como de El se dice. Y además, verás una multitud que está contem-plándolo todo, mientras come la merienda que ha llevado consigo. Parece que oscurece. Ahora van todos a galope a casa por miedo a mojarse los vestidos.
Y cuando sonó la hora sexta, el mundo oscureció has-ta la hora novena. A esa hora clamó el del medio con voz potente: «Padre mío, Padre mío! ¿por qué me has abando-nado?»
Y el velo del Templo se partió en dos, de arriba a abajo, la tierra tembló y las rocas se resquebrajaron.☐

Año 1927

El credo de Pilatos

Karel Capek. *Apócrifos.* Valdemar ediciones. Madrid 1989, pgs. 92-95

Y respondió Jesús: Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo, para dar testimonio a la verdad. Todo aquél que es de la verdad, oye mi voz.
Dícele Pilatos: ¿Qué cosa es verdad? Y como hubo dicho esto, salió otra vez a los judíos y díceles: Yo no hallo en él ningún crimen.

(Evangelio de San Juan, 18, 37-38)

Al anochecer llegó a ver a Pilatos cierto hombre respetable de la ciudad, de nombre José de Arimatea, que también era discípulo de Jesús, y le pidió que le entregase el cuerpo del Maestro. Pilatos lo permitió y dijo:

-Fue crucificado injustamente.

-Tú mismo lo entregaste para que le crucificasen -respondió José.

-Sí, lo entregué -respondió Pilatos-, y además la gente piensa que lo hice por miedo a algunos de esos alborotadores y a su Barrabás. Sólo con que hubiera mandado contra ellos a cinco soldados habrían callado inmediatamente. Pero eso no pude hacerlo, José de Arimatea.

-No se trata de eso -continuó al cabo de un momento-. Pero cuando hablé con él me convencí de que de aquí a poco sus discípulos crucificarán a otros. En su nombre, en nombre de su verdad, crucificarán y atormentarán a otros, matarán otra verdad y alzarán en hombros a otros barrabases. Aquel hombre hablaba de la verdad. ¿Qué es la verdad?

» Vosotros sois una nación extraña que habla mucho. Tenéis fariseos y profetas, salvadores y otros sectarios. Todo el que inventa alguna verdad prohíbe todas las demás verdades. Como si un carpintero que hiciera una nueva forma de silla prohibiese sentarse en las demás sillas que se hicieron antes que la suya. Como si por el hecho de haber inventado una nueva forma de silla quedaran inservibles todas las antiguas. Quizá la silla nueva sea mejor, más bonita y más cómoda que las otras. Pero ¿por qué demonios un hombre cansado no puede sentarse en una silla, sea la que sea, miserable, carcomida o de piedra? Está cansado y roto y necesita descanso. Y entonces vosotros vais y le sacáis a la fuerza de esa silla sobre la que se había sentado para que vaya a sentarse en la vuestra. No os comprendo, José.

-La verdad -objetó José- no es como la silla y el descanso. Es más bien como una orden que dice: ve aquí o allá, haz esto o lo otro, derrota al enemigo, conquista esa ciudad, castiga la traición, y cosas parecidas. El que no escucha estas órdenes es un traidor y un enemigo. Así ocurre con la verdad.

-¡Ay, José! -dijo Pilatos-. Si tú sabes bien que soy soldado y he pasado la mayor parte de mi vida entre soldados... Siempre he cumplido las órdenes, pero no porque fueran la verdad. La única verdad era que estaba cansado o sediento, que añoraba a mi madre o alcanzar la gloria; que un soldado piensa precisamente en su mujer, mientras el otro recuerda su campito y su par de bueyes. La verdad es que, de no haber sido por las órdenes, ninguno de esos soldados habría ido a matar a otra gente, tan cansada y tan desgraciada como él. Entonces, ¿qué es la verdad? Creo que me atengo más a la verdad si pienso en los soldados y no en las órdenes.

-La verdad no es una orden del comandante -respondió José de Arimatea-, sino la orden del conocimiento. Ves, sin lugar a dudas, que este pilar es blanco; si yo te asegurase que es negro, sería en contra de tu conocimiento y no me lo permitirías.

-¿Por qué no? -dijo Pilatos-. Me diría que seguramente debías ser terriblemente desgraciado e infeliz si veías negro un pilar blanco. Trataría de distraerte; de veras, me interesaría por ti aún más que antes. Y aunque solamente fuese una equivocación, me diría que en tu equivocación había tanta alma como en tu verdad.

-No es mi verdad -dijo José de Arimatea-. Solamente hay una verdad para todos.

-Y ¿cuál es?

-Aquélla en la que creo.

-Ya lo ves -dijo Pilatos lentamente-. Desde luego, es solamente tu verdad. Sois como los niños, que creen que el mundo termina donde termina su horizonte, y que después no hay nada más. El mundo es grande, José, y en él hay sitio para muchas cosas. Creo que también en la realidad hay sitio para muchas verdades. Mira, yo soy extranjero en esta región y mi patria está más allá del horizonte; y, sin embargo, nunca diría que esta región no está bien y que la mía es la verdadera. Igualmente extrañas me son las enseñanzas de vuestro Jesús, pero ¿tengo por eso que decir que son falsas? Yo pienso, José, que todas las regiones son verdaderas y buenas, pero que el mundo debe ser tremendamente amplio para que todas quepan, unas delante de otras y junto a otras. Si se tuviera que poner Arabia en el mismo lugar en que está Ponto no sería, desde luego, justo. Y lo mismo ocurre con las verdades. Tendría que hacerse un mundo interminable, amplio y libre, para que en él cupiesen todas las verdaderas verdades. Y yo creo, José, que el mundo es así. Si te subes a una montaña muy alta ves las cosas como si estuvieran puestas en orden en la llanura. Desde cierta altura, hasta las verdades se funden. Pero el hombre, desde luego, no vive y no puede vivir en montañas altas; le basta ver desde cerca su casita y su tierra, las dos, llenas de verdades y de cosas; allí está su verdadero lugar, su lugar de acción. Pero, de vez en cuando, puede mirar las montañas o el cielo y decirse que desde allí su verdad y sus cosas existen, desde luego, sin que se le robe nada de ellas, pero que se funden con algo mucho más libre que ya no es su propiedad. Contemplar ese amplio panorama y, al mismo tiempo, cultivar su campito; eso, José, es algo casi como la devoción. Y yo creo que el padre de los cielos de ese hombre en cuestión está de verdad en alguna parte, pero que se entiende a las mil maravillas con Apolo y otros dioses. En parte se compenetran y en parte son vecinos. Mira, en el cielo hay una inmensidad de sitio. Me alegra que esté allí el padre de los cielos.

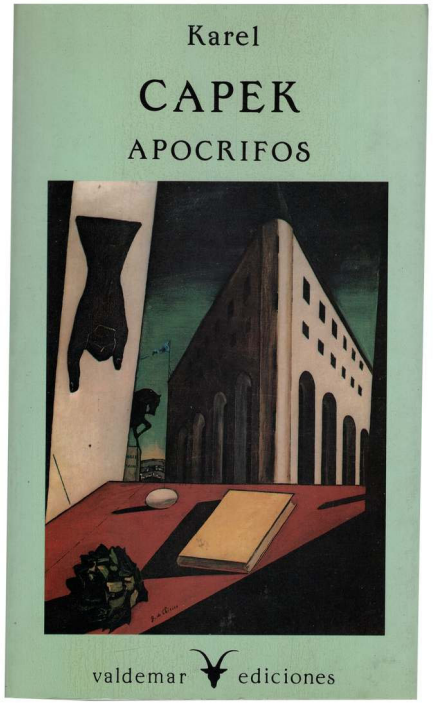
-No eres ni caliente ni frío -le contestó José de Arimatea-, eres solamente templado.

Y se levantó para marcharse.

-No lo soy -le respondió Pilatos-. Yo creo, creo, febrilmente creo que hay una verdad y que el hombre la reconoce. Sería una locura pensar que existe solamente una verdad con el fin de que el hombre nunca la encuentre. La conoce, sí, pero ¿quién? ¿Tú o yo, o quizá todos? Yo creo que todos tenemos nuestra parte en ella; el que dice sí, lo mismo que el que dice no. Si esos dos se unieran y se comprendiesen surgiría de ello la verdad. La negación y la afirmación no se pueden unir, pero la gente sí. Hay más verdad en la gente que en las palabras. Comprendo más a la gente que a sus verdades; pero hasta en eso hay fe, José de Arimatea, hasta para eso es necesario mantener el entusiasmo y el éxtasis. Yo creo, creo absolutamente y sin dudas. Pero... ¿qué es la verdad?☐

El año del jardinero (fragmento)

"La época de la siega es también, como todo el mundo sabe, la de las tormentas. Durante unos días la cosa se prepara en el cielo y en la tierra: el sol es ardiente y, en cierto modo, antipático; la tierra se agrieta y los perros huelen mal; el cultivador mira el cielo con inquietud y dice que sería necesario que lloviera. Y luego aparecen unas nubes siniestras, como suele decirse, y se levanta un viento salvaje que arrastra consigo el polvo, los sombreros y hojas arrancadas de los árboles; el jardinero se precipita entonces al jardín, muy desmelenado, no para desafiar a los elementos como un poeta romántico, sino para sujetar todo lo que se dobla bajo el soplo del viento, llevarse sus instrumentos de jardinería y sus sillas, y, en una palabra, para prevenirse contra las catástrofes. Mientras trata —en vano— de sujetar unos tallos de «espuela de caballero», las primeras gotas, grandes y cálidas, empiezan a caer; pasa un minuto asfixiante y ¡bum! al son del trueno se abate un pesado aguacero. El jardinero corre a resguardarse en el umbral de su casa y mira, con el corazón oprimido, cómo su jardín se agita bajo los golpes de la lluvia y de la tempestad; en el momento culminante de la tormenta salta, como alguien que trata de salvar a un niño que se ahoga, para sujetar una azucena rota por el viento. ¡Dios mío, cuánta agua! El granizo viene a participar en este estruendo, rebota sobre el suelo y es barrido por los arroyos de agua sucia. En el corazón del jardinero se libra un combate entre su solicitud para con sus flores y esa especie de entusiasmo que provocan en nosotros los fenómenos de la naturaleza. Luego el estruendo disminuye, y el aguacero pasa a ser una lluvia fría, que por sí misma se va rarificando poco a poco hasta que acaba por cesar. El jardinero corre hacia su jardín refrescado, lanza una mirada afligida a su césped cubierto de arena, a sus gladiolos rotos y a sus arriates surcados de arroyuelos y, mientras el primer mirlo se pone a cantar, grita por encima de la valla a su vecino: «¡Eh, vecino, aún debería llover un poco más; para los árboles no es suficiente!».



Los hermanos Josef y Karel Capek

Al día siguiente, los periódicos hablan de una tormenta catastrófica que ha causado daños terribles, en particular a las cosechas; pero no dicen que ha causado grandes daños a las azucenas o que ha destrozado los «Papaver Orientale». A los jardineros siempre se nos deja al margen. "☐

La noche de Pilatos

Karel Capek. *Apócrifos.* Valdemar ediciones. Madrid 1989, pgs. 89-91

Aquel día cenaba Pilatos con su ayudante, el joven teniente Suza, natural de Cirenaica. Suza ni siquiera advirtió que su gobernador estaba silencioso, y contaba entusiasmado que por primera vez en su vida había vivido un terremoto.

-Qué cosa tan graciosa -sonrió mientras comía-. Cuando oscureció, después del almuerzo, salí afuera para ver qué ocurría. En la escalera me pareció que me resbalaban los pies de pronto, sin más ni más... En fin, era cosa de risa. Por mi alma, excelencia, que ni me pasó por la mente que una cosa así pudiera ser un terremoto. Y antes de llegar a la esquina vi que un hombre venía corriendo hacia mí, con los ojos fuera de las órbitas y gritando:

«¡Las tumbas se abren y se resquebrajan las rocas!» Caramba, me dije, ¿será un terremoto? Hombre, murmuré, vaya suerte que tienes. ¡Esto es un fenómeno de la natu-raleza poco frecuente! ¿No es verdad?

-Una vez vi un terremoto... -dijo Pilatos-. Fue en Cilicia. Espera... hará de esto unos diecisiete años más o menos. Aquella vez fue mucho mayor que éste.

-En realidad esta vez apenas ha ocurrido nada -exclamó Suza despreocupado-. En la puerta que da hacia el Gólgota se resquebrajaron un poco las rocas, sí; y en el cementerio se abrieron un par de tumbas. Me extraña que aquí entierren tan a flor de tierra, todo lo más a un codo de profundidad. Por eso apesta tanto en verano...

-Costumbres -gruñó Pilatos-. En Persia ni siquiera los entierran. Colocan el cadáver al sol, y ya está.

-Eso debería estar prohibido, señor -opinó Suza-. Por cuestiones de higiene y otras.

-Prohibir... -murmuró Pilatos-. Entonces tendría que estar uno siempre ordenando o prohibiendo... Esa no es buena política, Suza. Mejor es no mezclarse en sus asuntos, y así por lo menos hay paz. Si quieren vivir como animales, ¡que Dios les valga! ¡Ay, Suza, yo he visto ya tantas tierras en esta vida!

-Lo que me gustaría saber a mí -volvió de nuevo Suza al asunto- es cómo se produce un terremoto de ésos. Quizá hay algunos agujeros bajo tierra que se mueven de vez en cuando. Pero ¿por qué al mismo tiempo se oscureció tanto el firmamento? Eso no lo puedo comprender. Si esta mañana el día era tan claro, tan corriente...

-Pido perdón -exclamó el viejo Papadokitas, griego Dodecaneso que les servía-. Eso podía ya esperarse desde ayer, señor. Había una puesta de sol tan roja que yo le dije a la cocinera: «Miriam, mañana habrá tormenta o un ciclón.» «A mí me duelen los riñones», me contestó Miriam. Algo podía esperarse, señor; os ruego que me perdonéis.

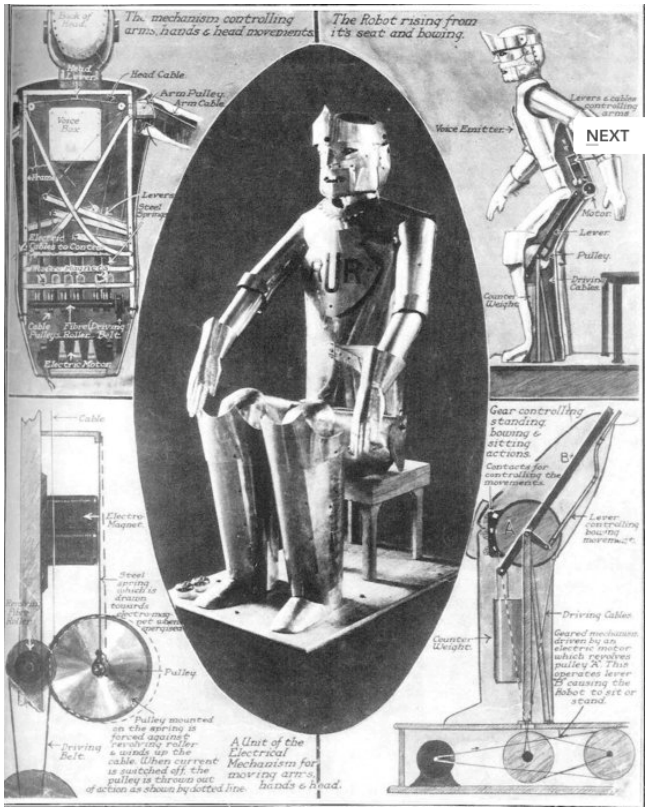
-Algo podía esperarse... -repitió Pilatos pensativo-. ¿Sabes, Suza? Yo también esperaba algo. Desde la mañana, cuando *les* entregué a ese hombre de Nazaret (tuve que entregárselo porque la política romana consiste básicamente en no inmiscuirse en asuntos locales; recuérdalo siempre, Suza. Cuanto menos tenga que ver la gente con los poderes estatales, mejor los soporta.) ¡Por Job! ¿Qué te estaba diciendo?

-Lo de ese hombre de Nazaret -le ayudó Suza.

-Sí, el hombre de Nazaret. ¿Sabes, Suza? Yo tenía cierto interés por El. En realidad, había nacido en Belén, por lo que creo que los naturales de aquí han cometido un error judicial. Pero eso no es asunto mío... Si no se lo hubiera entregado, lo habrían despedazado de todos modos y habrían culpado a la administración romana del hecho. Pero espera, esto no viene al caso ahora. Me dijo Anás que era un hombre peligroso, que cuando nació llegaron unos pastores a Belén y se postraron ante él como ante un dios. Y no hace mucho la gente lo recibió aquí como a un triunfador. A mí no me cabe en la cabeza, Suza... Yo había esperado...

-¿Qué esperabais? -le recordó Suza al cabo de un momento.

-Que quizá vendrían sus amigos de Belén, que no le iban a abandonar así, ahora, aquellos intrigantes. Que vendrían a verme y me dirían: «Señor, ése es de los nuestros y tiene gran importancia para nosotros. Hemos venido a decirte que somos sus partidarios y que no dejaremos que se le maltrate.» Suza, yo hasta deseaba que hubiera venido esa gente de las montañas. ¡Ya estoy harto de estos charlatanes y tramposos de aquí! Y yo les habría dicho: «Gracias a Dios, gente de Belén, que habéis venido. Os estaba esperando. Por El, y también por vosotros y por vuestra tierra. Con trapos en los bastones no se puede gobernar. Se ha de gobernar con hombres, y no solamente con palabras. De gente como vosotros se hacen soldados que nunca se rinden; de gente como vosotros se hacen naciones y Estados. Me han dicho que vuestro paisano resucita a los muertos; por favor, ¿qué se puede hacer con los muertos? Pero vosotros estáis aquí y veo que ese hombre también consigue resucitar a los vivos, que les inculca algo así como fidelidad y honor y... Nosotros, los romanos, le llamamos a eso «Virtus» -no sé cómo se dirá en vuestra lengua, gente de Belén, pero vosotros lo tenéis. Creo que ese hombre podría hacer algo bueno. Sería una lástima que muriera.»

Pilatos calló y se puso a recoger, nervioso, las migas de pan de la mesa.

-¡Qué le vamos a hacer! No vinieron -gruñó-. ¡Ay, Suza, qué cosa tan inútil es gobernar!☐